

Editorial

“Vamos por buen camino”: emigremos.

Cuando describimos la realidad de los jóvenes de nuestro país, debemos recurrir frecuentemente a rasgos relacionados con la ausencia de ejes de referencia en su vidas, su desilusión, desconfianza, inconformidad y desesperanza; la violencia y la delincuencia de la que son actores o víctimas; la drogadicción, el desempleo, la exclusión y la pobreza; la migración y la desintegración familiar. Solemos reconocer también que todos esos elementos de la compleja condición juvenil están estrechamente vinculados entre sí. Además, somos capaces de afirmar que los jóvenes se caracterizan por su generosidad, esperanza en las utopías, apertura a horizontes nuevos, etc.

Sin embargo, aunque se trate de rasgos que seguramente retratan a los jóvenes salvadoreños, la realidad juvenil es sumamente compleja, y no se la puede comprender de forma aislada. El acercamiento superficial y muchas veces estigmatizante al mundo de los jóvenes ha hecho que las soluciones que se han querido implementar frente a algunas de las problemáticas juveniles, como la violencia, no sólo no den los resultados esperados, sino que más bien los agudicen más.

Que los jóvenes actúan violentamente es una realidad que no podemos ignorar. Basta con que veamos los modos que tienen de divertirse, la música que escuchan, la forma en que muchos de ellos se organizan en pandillas, la inseguridad que algunos de ellos crean tanto en los barrios como en el transporte público. Nadie está seguro y no hay lugares seguros. Sin embargo, la violencia de los jóvenes es un fenómeno que requiere un análisis profundo, que prescinda de los estigmas sociales y que conduzca a sus causas. Y habría que comenzar por reconocer que los jóvenes no son sólo gestores de violencia, sino también víctimas de ella. Y son víctimas doblemente: en primer lugar, porque ellos son los que más muertos ponen: entre enero y junio del año 2006 fueron asesinados un total de 1038 jóvenes entre 15 y 29 años de edad. En ese mismo período, según los datos de la Policía Nacional Civil, se reportaron 3,792 delitos cometidos en contra de menores de edad, de los cuales 2,193 se efectuaron en contra de niñas y adolescentes mujeres, equivalente al 57.83% de los casos; mientras que 1,599 se cometieron en niños y adolescentes varones, equivalente al 42.16%.

Y en segundo lugar, son víctimas porque el sistema les obliga a ser violentos. La adopción de estrategias fundamentalmente punitivas de combate a las pandillas por parte del Ministerio de Gobernación invita a ser violentos: si el Estado es violento, ¿por qué los ciudadanos no pueden serlo?

Pero la invitación a la violencia va más allá de las políticas de combate a las pandillas. El sistema educativo y el mundo del trabajo, por citar dos ejemplos, también son violentos y han alentado a la violencia.

El sistema educativo, tiene una buena cuota de responsabilidad, al ser triplemente violento: en primer lugar, es violento porque excluye a muchos -más del 50% de los jóvenes que deberían asistir a la educación media están fuera de ella- y porque expulsa a otros tantos a través de sus mecanismos de filtro -cuotas, pruebas estandarizadas, irrespeto ante la diversidad individual y cultural-. En segundo lugar, es violento porque, ofreciendo diversas categorías de educación según los estratos sociales, contribuye a perpetuar y ampliar la brecha social.

En tercer lugar, el sistema educativo es violento con los que entran en él, por su dogmatismo y su incitación a la competencia. Y si la competitividad es la clave del éxito, los que no son 'competentes' quedarán excluidos del sistema de beneficios. Se trata de una competitividad en la que sólo salen beneficiados unos pocos, porque, como muy bien solía preguntarse el economista Francisco Ibisate, ¿cómo pueden competir los que ya antes de hacerlo han perdido la competencia? Es un sistema violentado en el que su más puro mecanismo de funcionamiento beneficia a muy pocos.

También el mundo del trabajo se ha vuelto contra los jóvenes, tanto por el desempleo masivo que deja a muchos jóvenes sin oportunidades, como por las condiciones laborales y salariales de los trabajadores jóvenes. Se nos ha advertido que se acabó la época del pleno empleo y que tenemos que resignarnos a convivir -es decir, a mal vivir- con el desempleo. Y esa carencia de trabajo afecta de manera particular a los jóvenes. Por otro lado, muchos de los jóvenes que trabajan se introducen en un mundo sin oportunidades reales, en el que se ven amenazados por las políticas de flexibilización laboral, por la movilidad de las empresas, por los contratos cortos, etc. Muchos de ellos devengan el salario mínimo, que, como muy bien se ha advertido, es completamente insuficiente para que una familia viva dignamente.

Es violento un sistema que obliga a las familias a volverse genios de la economía para hacer rendir un salario que no ajusta ni para las necesidades básicas; es violento un sistema que expulsa de manera precoz a niños y jóvenes al mundo del trabajo: de acuerdo con el Ministerio de Trabajo, unos 288 mil 221 niños y niñas realizan cualquier labor remunerada. De ellos 18 mil 673 se encuentran en las peores formas de trabajo infantil, como la explotación sexual comercial, los pepenadores de basuras, la corta de café y caña de azúcar. Es violento también un sistema que ofrece posibilidades de acceder a sus beneficios sólo a los más capacitados, con la excusa de que, 'a la larga esos beneficios terminan por llegar al todo de la sociedad.

Luis de Sebastián ha denominado a esto “darwinismo social”. Y lo más aberrante es que esto sucede en un país cuyos gobernantes se jactan de un crecimiento económico elevado.

En una serie de artículos publicados en esta revista, el economista Edgar Lara ha expuesto cómo se benefician las grandes empresas, sobre todo a nivel de impuestos. Los impuestos -según afirma E. Lara-, terminan siendo pagados por las clases menos favorecidas.

El modelo económico es violento porque -basándose en la competitividad, en la desregulación del mercado y en la reducción del Estado- conduce a la acumulación del capital en pocas manos. Se trata de un modelo económico que expulsa, que provoca la migración forzada de miles de jóvenes. Si los jóvenes prefieren irse -y muchos de ellos tienen como máxima aspiración emigrar-, es que las cosas aquí en el país tienen que estar bastante mal. Y están tan mal que hasta nuestro mandatario así lo reconoce cuando, al lograr una nueva prórroga para los emigrantes salvadoreños, manifiesta que “vamos por buen camino”: es decir, para que la economía funcione, para evadir la presión de jóvenes buscando trabajo o pretendiendo estudiar, no hay mejor camino que provocar la emigración.

El sistema de salubridad pública es violento porque excluye a muchos jóvenes y porque también aquí hay categorías de servicios, de tal manera que se garantiza la salud a quienes pueda pagarla.

Y así podemos seguir enumerando una serie de elementos en los que se manifiesta con toda claridad la violencia del tipo de sociedad que estamos construyendo.

Por lo tanto, la violencia juvenil, aunque parezca una respuesta inadecuada, es derivada de un sistema que es intrínsecamente violento, y que corroe todos los estratos de la sociedad. Es una forma de respuesta, de resistencia, de venganza, una expresión de inconformidad.

Para poder dar una respuesta inteligente al fenómeno de la violencia juvenil, es necesario atacar las causas, y no las consecuencias. El fracaso de los planes ‘Mano dura’ y “Super mano dura” así lo demuestran. Seguramente las soluciones no se darán a corto plazo, pues, como hemos visto, la articulación de la problemática juvenil con la educación, el mundo del trabajo, el sistema de salud, el modelo económico, implica que todo esfuerzo por revertir su desafiante realidad pasa por repensar el sistema educativo, por superar todas las formas de exclusión, por humanizar la economía.

La realidad de los jóvenes es el espejo en el que podemos ver el mundo que hemos construido. Reflejan el tipo de modelo económico con el que nos hemos casado, el tipo de educación que promovemos, el proyecto de país que tenemos. Pero su situación es también una advertencia sobre el futuro que estamos construyendo.

Sabemos bien que identificar los problemas es relativamente más fácil que ofrecer una solución viable. No es nuestra función ofrecer soluciones, que tienen que provenir de los especialistas en estos temas y, por supuesto, de nuestros gobernantes.

Sin embargo, lo que nos preocupa, y queríamos decirlo con toda claridad, es que la situación del joven, tan complicada, se ha querido presentar como normal. Con ello se consigue, en primer lugar, que a nadie le escandalice y que nadie se sienta responsable ante la situación juvenil. Y en segundo lugar, se intenta presentar a los jóvenes como las causas primarias de dicha situación, sobre todo de la delincuencia y la violencia que azota el país.

Ser joven en El Salvador es una tarea difícil. En años anteriores los mataban; ahora los marginan. Creemos que es necesario abrir un gran debate nacional acerca del país que queremos, acerca de la forma como queremos repartir las riquezas y los beneficios, acerca de la educación que queremos, acerca de la juventud que queremos. O sea, es necesario abrir un diálogo acerca de la persona que queremos para esta sociedad que estamos construyendo.

San Salvador, Junio de 2007.